

# SANTO Y SABIO

**Luis Ángel MONTES PERAL**

Invitados por *Tomás Durán Sánchez*, actualmente Vicario General de la Diócesis de Salamanca, mi buen amigo Donaciano Martínez y yo participamos, encantados, fortalecidos y agradecidos, en la presentación de la página web, dedicada a Marcelino Legido, fallecido ya hace siete años. Puede considerarse como uno de los sacerdotes españoles más singulares de la segunda mitad del siglo XX, que fue el tiempo cuando él entregó lo mejor de su vida a la sociedad de su época. Su existencia agraciada al servicio de Dios y de los hombres, la fuerza de su inteligencia y la sencillez de su espíritu le convierten en testigo privilegiado de nuestro tiempo como donación perpetua Al que murió y resucitó por nosotros. Tuvo muchas virtudes humanas y sobrenaturales, empezando por la fe, la esperanza y el amor. Sin pretenderlo fue filósofo, teólogo y exegeta; místico, poeta y profeta; discípulo, maestro y discernidor de los signos de los tiempos; hijo, hermano y servidor; crítico oteador de la cultura contemporánea y con una dedicación muy especial amante de los pobres. Lo que más podía hacerle temblar era que sin pretenderlo llegara a manipular a los más necesitados.

El acto de la presentación del nuevo portal, tenido el pasado 17 de junio de 12 a 14 horas en la Parroquia de Jesús Obrero del barrio de Pizarrales en Salamanca, fue sencillo, emotivo y entrañable. En él se encontraban los organizadores del encuentro José Vicente Gómez y Tomás Durán Sánchez, reconocidos discípulos y amigos íntimos de Marcelino, que pusieron sus mejores dotes para que todo saliera perfecto con la colaboración del párroco. También estuvo presente el joven que ha confeccionado la página web, explicándonos con sobriedad y pedagogía su fácil funcionamiento. Sentados en los primeros bancos de la Iglesia se encontraban los sobrinos de Marcelino, ya que su hermana y su hermano han fallecido. La sobrina mayor habló en nombre de sus familiares. Presidían la sesión el arzobispo de Valladolid, el obispo de Salamanca y el obispo emérito de Guadalajara, don José Sánchez, tres buenos admiradores del homenajeado: dos de ellos hasta ocasionales alumnos y el tercero condiscípulo en Tubinga, así como compañero de fatigas pastorales en aquellas lejanas tierras. Tuvieron palabras muy elogiosas y llenas de admiración para su figura. ¡Desde luego Marcelino es Marcelino y se lo merece todo!

En la iglesia de la parroquia, donde se desarrolló el acto, había también un grupo numeroso de gente, aproximadamente unas cien personas, venidas sobre todo de los pueblos donde nuestro homenajeado había sido su solícito pastor y a quien las personas mayores recuerdan con un cariño muy especial por el mucho bien que les hizo. Algunos intervinieron, sobre todo mujeres, y dijeron maravillas de los largos años que Marcelino pasó en su compañía. Según su modo de ver las cosas hoy, lo que más les ayudó fue coger gusto por la lectura, rezo y praxis de la Biblia, por la celebración festiva de la Eucaristía, del Bautismo y por su permanente disposición a estar al servicio de todos. Al finalizar, muchos de los asistentes compartimos la comida fraternal en el magnífico comedor de la Casa Sacerdotal de la Diócesis de Salamanca, en la que Marcelino pasó el atardecer de su vida. Pienso que todos los participantes dimos gracias a Dios, porque

habíamos tenido la oportunidad única de estar presentes en un acto de características tan notables, que tendrá sus repercusiones en el futuro.

Dada su humildad, sin duda a Marcelino no le hubiera gustado este homenaje, incluso puede ser que se hubiera opuesto al festejo con todas sus fuerzas, pero necesariamente había que hacerlo, por dos razones sobre todo: primero, sería trágico que se perdiera su legado de una importancia excepcional y segundo, conviene que un testigo del Evangelio de su impresionante impronta no tuviera el reconocimiento que se merece, de modo que su recuerdo quedara en el olvido, perdiéndose el atractivo de su testimonio tanto oral como escrito. Lo he consignado en el título: Marcelino fue un santo de canonizar y un sabio de primera categoría. Si algo especialmente valioso hizo en su vida fue entregarse en cuerpo y alma a Jesucristo, el amor de su vida, y estudiar todo aquello que podía dar a conocer mejor a su Señor entre sus hermanos los hombres. Rezó, estudió, dialogó, escribió y en la raya con Portugal hizo a pie muchos kilómetros, ocupándose de la pastoral de unos pequeños pueblos de manera itinerante como Jesús de Nazaret y los discípulos de su hora. Su camino apostólico ofrece tal concreción y altura que ahora no queda más remedio que reconocerle una significación universal.

Marcelino se entusiasmó con el Concilio y empezó a vivir su sacerdocio inmediatamente después de terminado el gran acontecimiento eclesial, quizá el más importante de toda la época contemporánea. Leyó sus documentos, sobre todo las Constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes* con la pasión del que se acerca a algo nuevo, quiere desentrañarlo en su hondura y se esfuerza por darlo a conocer al pueblo de Dios, sobre todo a los más pequeños, a los campesinos que apenas tenían los estudios de la escuela primaria pero a los que pronto les despertó el hambre de una auténtica espiritualidad. Desmenuzó lo más valioso de sus documentos con asombrosa pedagogía e hizo hincapié en el conocimiento, escucha y práctica de la Palabra de Dios año tras año. Nada más prioritario en su misión presbiteral que alimentar a sus feligreses con la liturgia participada, la educación creyente y el servicio de la caridad.

Pocas tesis doctorales, como la suya sobre la *Iglesia en San Pablo*, tienen la densidad y la sabiduría que dejó plasmada en sus páginas. Leyó todo lo mejor que se había publicado hasta entonces sobre el tema en castellano y alemán, sin olvidar otros idiomas modernos. Se entrevistó con los mejores profesores de Tubinga, de Múnich y de otras universidades germanas, legándonos un conocimiento de la eclesiología paulina que aún sigue manteniendo actualidad, aunque se necesita tiempo, oración y constancia para adentrarse en la profundidad de su pensamiento. Le fascinó como nada la cristología, expuesta en cartas, del Maestro de las Gentes, que fue ganado por Cristo para siempre y fundó comunidades que dieron origen al cristianismo. Pero algo estaba muy dentro de él: no quería seguir siendo profesor y su deseo más íntimo consistía en ser cura de pueblo, para dar a conocer la Palabra de Dios con todo lo que significa a los sencillos. Antes de hacerse sacerdote, por cierto no pasó por el seminario, fue profesor de filosofía en la universidad civil de Salamanca y si se lo hubiera propuesto pudo haber sido catedrático en Madrid.

¡Cuántos veces leyó, meditó, desmenuzó y dio a conocer el grito de júbilo de su Amado entre los amados, que se había hecho carne de su propia carne: «En aquella hora, se

llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”. Y, volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte: “¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron” (Lc 10,21-24)».

Dejo a un lado los escritos de Marcelino, los no muchos publicados y los que aún están sin publicar. Sus sencillos y graciosos dibujos, casi geométricos, para apoyar los textos son insuperables y enseguida reconocibles. Sus poemas nos ponen en relación con la belleza que hunde sus raíces en la Trinidad, la incomparable Hermosura con mayúscula. Sus florecillas y pensamiento aislados merecen la pena ser reconocidos y dejarse guiar por su inspiración, porque conservan un encanto muy especial. Sus cartas nos abren a las muchas relaciones mantenidas, aunque tienen que ser aún más exploradas. Los que guardan su legado quieren que toda esta riqueza doctrinal, literaria y personal no se pierda sino que se divulgue gratuitamente: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 10,8). Marcelino experimentaba muy bien «la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8,9). Como buen discípulo del Nazareno, que no tenía donde reclinar su cabeza, estuvo desprendido de todo lo que fuera dinero y jamás hizo ostentación de riqueza alguna.

Es deseo de los conservadores de su legado ir recogiendo, publicando y ofreciendo en la web, cuanto salió de su boca y de su pluma. De una manera especial están ahora concentrados en sus *Ejercicios de Villagarcía de Campos (Valladolid)*, tenidos todos los años durante casi dos décadas la última semana de agosto. Aún no está reunido el material completo por las evidentes dificultades encontradas, aunque hacen muchos esfuerzos para que el mayor material posible pueda salir a relucir. Sería bueno que nada se perdiera y que al final el conjunto de los audios se pudiera conservar y publicar con la calidad debida. En los años ochenta y hasta mediados de los noventa del pasado siglo más de ciento cincuenta sacerdotes de toda España asistieron a esos ejercicios, que se hicieron famosos. Algunas diócesis y órdenes religiosas tuvieron la suerte de escuchar sus fascinantes exposiciones cristológicas, que dejaban un recuerdo imborrable. Todos los ejercicios eran distintos y gastaba mucho tiempo para prepararlos y, antes de predicarlos, los rezaba intensamente. El encuentro con el Señor Jesús llegaba tan dentro de los oyentes, que en no pocos había un antes y un después en la relación íntima con Cristo mantenida durante los ejercicios. Algunos de los más valiosos ya están en la web recién aparecida, pero esta tiene que seguir creciendo y completándose.

No conocí mucho a Marcelino y no me tengo por uno de sus amigos íntimos, tampoco como uno de los mejores conocedores de su pensamiento y espiritualidad. Pero desde que lo vi por primera vez, al comienzo de los años ochenta, en Majadahonda en las Jornadas del Clero, me impresionó su persona, su aspecto exterior, su manera de hablar y su inimitable forma de exponer a Jesucristo y su mensaje. Allí presidía el encuentro el entonces arzobispo de Valladolid, don José Delicado Baeza, uno de los mejores consejeros y amigos de Marcelino. Se encontraba presente entre los oyentes el

sacerdote Carlos Osoro, que no necesita presentación. Con el paso del tiempo nuestro conocimiento mutuo se hizo más intenso por el hecho de que los dos valorábamos mucho la teología alemana y habíamos estudiado, en tiempos diferentes, en Múnich. Recuerdo muy bien que fui con los seminaristas palentinos, que hacían el curso de pastoral bajo mi dirección, al Cubo de don Sancho donde él residía y pasamos una jornada imborrable en su compañía, deseosos de escucharlo y convivir al menos un día juntos. En aquellos años nos veíamos con cierta frecuencia en Madrid y alguna vez le presté libros de los últimos exégetas alemanes, que él no tenía y que le interesaba leer, ya que estaba bien atento a la exégesis que se publicaba en otros idiomas.

Si tuviera que elegir a un sacerdote de los muchos que he conocido a lo largo de mi vida, me quedaría sin duda con Marcelino. Tengo que reconocer que ninguno me ha impresionado tanto. Me hubiera gustado ser tan santo y sabio como él, pero uno, a los setenta y siete años de edad, se debe contentar con los carismas recibidos y por ellos bendecir al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que son los que mejor nos conocen y acompañan. Desde luego no podemos por menos de bendecir a las Tres Divinas Personas por el regalo inmenso que nos han donado a los sacerdotes y al Pueblo de Dios, haciendo nacer a Marcelino en tierras abulenses, como San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila, glorias de Castilla y de España.

Marcelino de salud quebradiza pasó por dos noches oscuras en forma de hondas depresiones. La primera tuvo lugar, después de sus estudios en Alemania y de ella logró restablecerse. La segunda, en los últimos años de su vida, fue la más terrible y ya no se repuso, teniéndose que dejar llevar los últimos años en sillas de ruedas y sin apenas poder hablar. Pienso que su empeño radical por el seguimiento de Jesús llegó tan lejos que dejó exhausto su cuerpo y su mente. Pero no así su espíritu. Murió abrazado a la cruz que siempre llevaba con él y recitando un versículo del himno paulino que más quería y que tantas veces había recitado en griego. Jesús se anonadó hasta las últimas consecuencias: «se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y una muerte de cruz» (Fil 2,8). Marcelino quebró su cuerpo y tuvo una muerte semejante a la de su Hermano más querido, el Hermano de todos, que nos salvó en el madero de la cruz. Ahora está exaltado con su Amado, con ese Jesús bendito que nunca le abandonó y que en la hora final le acompañó para llevarlo en las alas del Espíritu a abrazarse con el Padre en compañía de Santa María y los bienaventurados. Pienso que la Iglesia Española tiene un deber con su legado: hacer todo lo posible para que sea canonizado y, como San Juan de Ávila, ser declarado doctor de la Iglesia.

Luis Ángel MONTES PERAL  
Palencia